

bres y entre hombres estas altas cuestiones), le recordé, mi querido Chagas, que había un patriotismo mejor: "el patriotismo activo que piensa, trabaja, crea", etcétera

Y usted podrá imaginarse el júbilo mío al verle ahora correr hacia mí y, arrojando lejos las creencias de toda su vida, como harapos importunos, gritarme, con los brazos abiertos, que sí; que sólo hay un patriotismo noble y útil: el que piensa, trabaja, crea, etc., etc. ¡Y que el otro, aquel que usted canta hace quince años en folletín canoro y canora estrofa, es un patriotismo hueco, estéril y lamentable!... ¡Y todo esto lo dice usted con una exaltación de converso, los cabellos al viento, las pupilas inflamadas, usando mis propias frases!...

¡Muy bien, Chagas, muy bien!!... Sólo hay un pequeño incidente picaresco: es que usted, en ese impaciente fervor de que son atacados los que abrazan una fe nueva, olvidando que es sólo un neófito y juzgándose ya un Mesías, está predicando contra mí el sermón que yo, anteayer, prediqué contra usted. La carta que yo le escribí, predicándole la buena doctrina, me la remite usted a mí mismo, como suya, recalentada y con salsa fresca en derredor para que parezca un manjar nuevo. ¡Es el corintio convertido escribiendo a su San Pablo la Carta a los Corintios!... Es el moro bautizado, el cristiano nuevo, que, en su entusiasmo de *parvenu* del catecismo, se vuelve a enseñar el Padre-nuestro al prior que le convirtió, exclamando con los ojos en llanto: "Prior, ¿cuándo dejarás de ser moro?..."

¡Y con mis mismas frases, pérfido!... Yo le había dicho al oído: "Mi querido Chagas, nada de declamaciones; ¡es necesario trabajar!..." Usted se levanta

ahora sobre las puntas de los pies, y grita: "¡Nada de declamaciones, amigo mío; es necesario trabajar!..."

Aos infieis, Senhor, aos infieis,
e não a mim, autor do que escreveis! (1)

Disculpe esta correría dentro de los dominios poéticos; pero el júbilo de verle convertido ¡me hace desvariar!...

Parece, pues, que, concordando tan intensamente sobre la noción del patriotismo y sobre el juicio que se debe formar acerca de nuestro imperio en Oriente, sólo queda que caigamos uno en brazos de otro, con un grito de reconciliación. Usted termina su carta pidiéndome en un apóstrofe conmovido ¡que no desdeñe tanto a mi patria!...

Déjeme tranquilizar su corazón sobresaltado; hay cosas en mi patria que yo amo profundamente y hay hombres en mi patria que yo admiro profundamente. Solamente creo que nuestras admiraciones no son las mismas. Usted vive en un mundo ficticio, convencional, artificial, por el cual yo sólo me puedo interesar como artista, siguiéndolo con una mirada curiosa y triste por ese declive por donde va rodando al abismo; por otro lado, el mundo más vivo y real a que yo pertenezco, lo ve usted solamente a través de una vaga niebla mental que le falsea las proporciones y la verdadera significación de las cosas. De modo que no podremos jamás entendernos...

No; me engaño. Hay un punto en que nos entendemos ricamente, una admiración en que estamos íntima-

(1) Estas dos estrofas súbitas, irrumpiendo en la prosa nítida de Eça, rezan así: "¡A los infieles, Señor, a los infieles, y no a mí, autor de lo que escribis!"—N. del T.

mente de acuerdo. Ambos admiramos a un hombre profundamente, prodigiosamente: y ese hombre es usted mismo.

Con lo que soy, querido Chagas, servidor y amigo;

EÇA DE QUEIROZ.

IV
INGLATERRA Y FRANCIA, JUZGADAS

POR UN INGLÉS

Hace días encontré sobre mi mesa, llenando con desordenados garabatos tres hojas de papel Whatman, una carta en que mi perro *Don José* contaba sus impresiones de Francia a mi gata *Pussy*.

Don José es un perro inglés, gordo, sesudo, conservador, que ahora por primera vez salió de Inglaterra conmigo, y vino a descansar de un rudo invierno sajón en estos aires suaves, tépidos, casi latinos, del país de Anjou... *Pussy* es una gata inglesa, color de manteca, que quedó en Inglaterra, caseramente, durmiendo en un rincón del fogón.

Don José pertenece a esa raza ilustre e histórica de perros que los ingleses llaman *pug* y los franceses *carlin*. Italiano de origen, introducido en Francia por el Cardenal Mazarino, el *carlin* se convirtió, desde el siglo XVII, en el perro favorito de la Monarquía, como el galgo había sido el perro fiel del Feudalismo. Y, en efecto, al final de la Fronda, después de ese último esfuerzo del espíritu feudal, es cuando el *carlin* mete por primera vez el hocico en la Historia. La turbulen-